

«CRISTO JESÚS, NUESTRA ESPERANZA» (1 Tm 1,1)

Una sencilla meditación sobre la esperanza tiene que empezar siendo una simple contemplación de Jesucristo, «nuestra feliz esperanza» (Tt 2,13). Sobre todo en su misterio pascual; es allí donde Jesús superó definitivamente los tiempos difíciles. Por eso ahora la Iglesia vive apoyándose en la cruz y canta la seguridad de su esperanza: «Salve, oh cruz, nuestra única esperanza» (Himno de Vísperas en la Pasión). Porque la cruz nos lleva definitivamente a la resurrección: «Resucitó Cristo, mi esperanza» (Secuencia de Pascua).

Interesa, sobre todo, ver cómo Cristo venció los tiempos difíciles. Porque lo importante en Él es que no vino a suprimir los tiempos difíciles, sino a enseñarnos a superarlos con serenidad, fortaleza y alegría. Como no vino a suprimir la cruz, sino a darle sentido.

Cristo nace en la plenitud de los tiempos difíciles. Allí está María. Viene para traernos la libertad y hacernos hijos del Padre en el Espíritu (Ga 4,4-7). La plenitud de los tiempos, en el plan del Padre, está marcada por la plenitud de lo difícil: conciencia aguda del pecado, la opresión y la miseria, deseo y esperanza de la salvación. Es cuando nace Jesús.

Lo primero que nos revela Jesús –como camino para superar los tiempos difíciles– es el amor del Padre y el sentido de su venida: «Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3,16-17).

Por eso, cuando nace Jesús, el Ángel anuncia la alegría y la esperanza: «No tengáis miedo, porque os anuncio una gran alegría para vosotros y para todo el pueblo; hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc 2,10-11).

Cristo vino para hablarnos abiertamente del Padre (Jn 16,25), introducirnos en los misterios del reino (Mt 13,11) e indicarnos el camino para la felicidad verdadera (Mt 5,1-12). Las bienaventuranzas son ahora el único modo de cambiar el mundo y la manifestación más clara de que los tiempos difíciles pueden convertirse en tiempos de gracia: «Éste es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación» (2 Co 6,2).

Cuando Jesús quiere enseñarnos a vivir en la esperanza y a superar así los tiempos difíciles, siempre nos señala tres actitudes fundamentales: la oración, la cruz, la caridad fraterna. Son tres modos de entrar en comunión gozosa con el Padre. Por eso son tres modos de sentirnos fuertes en Él y experimentar la alegría de servir a nuestros hermanos. Pero, en definitiva, la actitud primera y esencial para vivir y superar los tiempos difíciles es la confianza en el amor del Padre: «El mismo Padre os ama» (Jn 16,27).

El camino para los tiempos difíciles, en Jesús, no es el miedo, la insensibilidad o la violencia. Al contrario: es la alegría del amor («amad a vuestros enemigos, rogad por vuestros perseguidores», Mt 5,44), es el equilibrio y fortaleza de la oración («rezad para no caer en la tentación», Mt 26,41), es la serenidad fecunda de la cruz («si el grano de trigo muere, da mucho fruto», Jn 12,24).

La historia marcaba la plenitud de los tiempos difíciles cuando nació Jesús. Su encarnación redentora fue la realización de la esperanza antigua y el principio de la esperanza nueva y definitiva. Desde que nació Jesús –sobre todo, desde que glorificado a la derecha del Padre envió sobre el mundo su Espíritu– vivimos nosotros el tiempo de la esperanza. Será definitivamente consumado cuando Jesús vuelva para entregar el reino al Padre (1 Co 15,25-28).

San Pablo lo resume admirablemente en un texto que leemos, muy significativamente, en la liturgia de Nochebuena: «Se manifestó la gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente, aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del Gran Dios y Salvador Nuestro Señor Jesucristo, el cual se entregó por nosotros» (Tt 2,11-14).

Es decir, que la esperanza brilla para el mundo cuando Jesús nace y muere por los hombres. El camino y la seguridad de la esperanza son muy distintos en el plan de Dios y en los cálculos humanos. La esperanza, en el misterio de Cristo, empieza siendo humillación, anonadamiento y muerte; por eso el Padre lo glorificará y le dará un nombre superior a todo nombre (Flp 2,7-9).

Cristo sintió miedo, tristeza y angustia ante la inminencia de los tiempos difíciles. «Comenzó a entristecerse y angustiarse» (Mt 26,37). «Comenzó a sentir temor y a angustiarse» (Mc 14,33). Es un temor, una angustia, una tristeza de muerte. Busca superar el momento difícil en la intensidad serena de la oración como comunión gozosa con la voluntad del Padre: «En medio de la angustia, Él oraba intensamente, su sudor era como gotas de sangre que corrían hasta el suelo» (Lc 22,39-44).

Pero el Señor siente la importancia, la fecundidad y el gozo de los tiempos difíciles: «Mi alma ahora está turbada, ¿y qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Si para eso he llegado a esta hora! » (Jn 12,27).

Lo cual no quiere decir que el Señor busque meterse inútilmente en lo difícil o anticipar por propia cuenta su hora. «Entonces tomaron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo» (Jn 8,59). Esto no lo hizo para escapar a los tiempos difíciles y porque quisiera apartar el hombro de la cruz; lo hizo simplemente «porque todavía no había llegado su hora» (Jn 7,30).

La misma generosidad y sabiduría ante la cruz aconsejará a sus discípulos. No les anticipa caminos fáciles. Les anuncia tiempos difíciles, pero recomienda prudencia evangélica: «Yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed entonces astutos como serpientes y sencillos como palomas» (Mt 10,16).

Hay momentos particularmente difíciles en la vida de Jesús. Tal, por ejemplo, el rechazo de los suyos: «Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11). Tal la división entre sus

discípulos y el abandono de algunos de ellos porque les resultaba «duro su lenguaje». Debió de ser éste uno de los momentos más dolorosos en la vida del Señor: «Desde ese momento, muchos de sus discípulos se alejaron de Él y dejaron de acompañarlo» (Jn 6,66).

Pero indudablemente la hora difícil de Jesús es la hora de su pasión. Fue deseada ardientemente por Él, anunciada tres veces a sus discípulos, fuertemente temida, pero intensamente amada y asumida: «Ya ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre será glorificado. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,23-24).

Así nos enseña Jesús a superar los tiempos difíciles. Por su entrega incondicional al Padre en la cruz convierte la muerte en vida, la tristeza en alegría, la servidumbre en libertad, las tinieblas en luz, la división en unidad, el pecado en gracia, la violencia en paz, la desesperación en esperanza.

Jesús no anula los tiempos difíciles. Tampoco los hace fáciles. Simplemente los convierte en gracia. Hace que en ellos se manifieste el Padre y nos invita a asumirlos en la esperanza que nace de la cruz.

Para entender cómo Jesús vivió y superó, por el misterio de la cruz pascual, los tiempos difíciles, hace falta meditar con sencillez y amor el famoso himno de san Pablo sobre la glorificación de Cristo por su anonadamiento de la encarnación, su obediencia hasta la muerte de cruz y su exaltación como Señor de todas las cosas (Flp 2,6-11).

Éste es el Cristo que vive hoy en la Iglesia. Por eso la Iglesia –sacramento del Cristo Pascual– es en el mundo de hoy el verdadero signo de esperanza. La hizo así el Señor cuando, desde el seno del Padre, envió el Espíritu Santo prometido que inhabita, vivifica y unifica a la Iglesia. Pentecostés, plenitud de Pascua, es la manifestación del señorío de Jesús y la seguridad de que la Iglesia, penetrada por el Espíritu, vencerá los tiempos difíciles.

La Iglesia prolonga en el tiempo la pasión de Cristo, a fin de darle acabamiento (Col 1,24). El Señor lo había predicho: «Llegará la hora en que los mismos que os den muerte creerán que tributan culto a Dios» (Jn 16,2). Lo doloroso es esto en la Iglesia: cuando se enfrentan violentamente los hermanos, se persiguen, se encarcelan y se matan en nombre del Señor.

No es el momento de desesperar. Es el caso de recordar la frase del Señor: «En el mundo tendréis que sufrir; pero tened coraje: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Los tiempos difíciles se vencen siempre con la plenitud del amor, la fecundidad de la cruz y la fuerza transformadora de las bienaventuranzas evangélicas.

Cardenal Eduardo F. Pironio

